

15 de Octubre. SANTA TERESA DE ÁVILA

Al final de su viaje espiritual, Teresa de Jesús escribió el libro de Las moradas, donde compara nuestra alma –el hogar de Dios– con un castillo.

1. Las primeras moradas son el pórtico de entrada en la vida espiritual. Lo franqueamos con la decisión de buscar a Dios en nosotros, apoyándonos en Él, puesto que la peor de las miserias para santa Teresa de Jesús es la de vivir sin Dios, incluso la de imaginar que podemos hacer el bien sin Dios. Los cuatro frutos de las primeras moradas, que madurarán a lo largo de nuestro camino espiritual, son la libertad, la humildad, desasimiento y, sobre todo, la caridad, que es el fin y la culminación.

2. Las segundas moradas conciernen a la purificación de nuestra relación con el mundo. El arma utilizada para triunfar aquí es la fe en Cristo y la confianza en que vendrá a liberarnos.

3. Las terceras moradas son las relacionadas con la clarificación de la relación con uno mismo. El reto de esta tercera morada es el de reconocerse como un “siervo cualquiera” que lo recibe todo de Dios.

4. Las moradas cuartas son las relativas a ahondar en nuestra relación con Dios. Se instauro progresivamente una gran paz en las profundidades de nuestra alma. La confianza, la humildad y la gratitud son realidades que se van viviendo cada vez más profundamente.

5. La entrada en las quintas moradas marca una transición. Consideramos nuestra vida no tanto como un camino hacia Dios, sino que experimentamos a Dios viviendo en nosotros, como explica la frase de san Pablo: “¡ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí!” (Gálatas 2 :20).

6. Las moradas sextas consisten en “compromisos espirituales”: hay una alternancia de sufrimientos ligados al sentimiento de ausencia de Dios y experiencias muy profundas de la presencia de Cristo.

7. Las séptimas moradas, al fin, son el punto de culminación definido por la unión con Dios en el “matrimonio espiritual”. La unión con Dios es una participación profunda del deseo de Dios de salvar a todas las personas. A través del matrimonio espiritual todo queda transformado y se recibe un renovado deseo de vivir asumiendo nuestra condición y nuestros compromisos terrenales de manera aún más concreta y sin huir de la realidad.

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA.

jsanchezl@hospitalariasmadrid.org

jjgalan@hospitalariasmadrid.org

CIEMPOZUELOS (MADRID)

AÑO 8. Nº: 473



Hermanas Hospitalarias
COMPLEJO ASISTENCIAL BENITO Menni

La Buena Noticia de la semana

16 DE OCTUBRE 2016
XXIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



Lectura de la Palabra de Dios :

Éxodo 17,8-13.

Mientras Moisés tenía en alto la mano, vencía Israel.

Salmo 120.

El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

2Timoteo 3,14-4,2.

El hombre de Dios estará perfectamente equipado para toda obra buena.

Lucas 18,1-8.

Dios hará justicia a sus elegidos que le gritan.

EL CLAMOR DE LOS QUE SUFREN

La parábola de la viuda y el juez sin escrúpulos es, como tantos otros, un relato abierto que puede suscitar en los oyentes diferentes resonancias. Según Lucas, es una llamada a orar sin desanimarse, pero es también una invitación a confiar que Dios hará justicia a quienes le gritan día y noche. ¿Qué resonancia puede tener hoy en nosotros este relato dramático que nos recuerda a tantas víctimas abandonadas injustamente a su suerte?

En la tradición bíblica la viuda es símbolo por excelencia de la persona que vive sola y desamparada. Esta mujer no tiene marido ni hijos que la defiendan. No cuenta con apoyos ni recomendaciones. Sólo tiene adversarios que abusan de ella, y un juez sin religión ni conciencia al que no le importa el sufrimiento de nadie.

Lo que pide la mujer no es un capricho. Sólo reclama justicia. Ésta es su protesta repetida con firmeza ante el juez: «Hazme justicia». Su petición es la de todos los oprimidos injustamente. Un grito que está en la línea de lo que decía Jesús a los suyos: "Buscad el reino de Dios y su justicia".

Es cierto que Dios tiene la última palabra y hará justicia a quienes le gritan día y noche. Ésta es la esperanza que ha encendido en nosotros Cristo, resucitado por el Padre de una muerte injusta. Pero, mientras llega esa hora, el clamor de quienes viven gritando sin que nadie escuche su grito, no cesa.

Para una gran mayoría de la humanidad la vida es una interminable noche de espera. Las religiones predicán salvación. El cristianismo proclama la victoria del Amor de Dios encarnado en Jesús crucificado. Mientras tanto, millones de seres humanos sólo experimentan la dureza de sus hermanos y el silencio de Dios. Y, muchas veces, somos los mismos creyentes quienes ocultamos su rostro de Padre velándolo con nuestro egoísmo religioso.

¿Por qué nuestra comunicación con Dios no nos hace escuchar por fin el clamor de los que sufren injustamente y nos gritan de mil formas: "Hacednos justicia"? Si, al orar, nos encontramos de verdad con Dios, ¿cómo no somos capaces de escuchar con más fuerza las exigencias de justicia que llegan hasta su corazón de Padre?

La parábola nos interpela a todos los creyentes. ¿Seguiremos alimentando nuestras devociones privadas olvidando a quienes viven sufriendo? ¿Continuaremos orando a Dios para ponerlo al servicio de nuestros intereses, sin que nos importen mucho las injusticias que hay en el mundo? ¿Y si orar fuese precisamente olvidarnos de nosotros y buscar con Dios un mundo más justo para todos?

José Antonio Pagola



“Mientras vivamos en esta vida, hemos de trabajar y luchar sin descanso.”

San Benito Menni. (c.779)

12 Octubre- N^a. Sra. DEL PILAR

Omnipotente y eterno Dios,
que te dignaste disponer que la
sacratísima Virgen María, Madre tuya,
entre coros de ángeles sobre esta columna de mármol,
enviada del Cielo, viniera viviendo en carne mortal.
Y que esta iglesia fuese edificada para su honra
por el protomártir de los apóstoles,
Santiago, y sus discípulos;
te suplicamos por sus méritos e intercesión,
nos concedas alcancemos fácilmente
lo que con toda confianza pedimos.
Tu que vives y reinas con Dios Padre,
en unidad del Espíritu Santo,
por todos los siglos de los siglos.
Amén.

(San Juan Pablo II)

